

uy u tan, esto es: «*joyes como habla?*» La palabra *uy u tan*, fué repetida entonces por varios indios; y como unidas y pronunciadas aprisa las sílabas vienen á formar la palabra *uyutan*, los españoles, atendiendo únicamente al sonido, y creyendo que contestaban á la pregunta, no dudaron que el país se llamaba Yucatan, que es el nombre con que fué conocido desde entonces.

El cacique invita á Córdoba á ir á la ciudad. Celada que le tiende. El cacique, despues de haber recibido algunos regalos que le hizo el capitán Córdoba, insistió en que admitiesen los españoles las doce canoas que habia llevado con buenos remeros y que pasasen á visitar la poblacion en que vivia.

Córdoba consultó con sus compañeros si seria prudente aceptar la oferta, y al fin se resolvió que se admitiese; pero que se marchase en los botes de los buques, bien armados, y que se saltase en tierra todos juntos.

El desembarco se hizo hacia el Nordeste de la península de Yucatan, en un sitio ameno y despejado. Los españoles quedaron sorprendidos del tamaño y de los sólidos materiales de las casas. En las islas que habian descubierto hasta entonces no encontraron mas que miserables chozas y hombres desnudos. La gente, los edificios, los trajes, las armas de los guerreros, la vista de algunos campos cultivados, todo les hizo comprender que se hallaban en un país mucho más civilizado y poderoso que todos los que habian descubierto.

Estas señales de una cultura naciente, hicieron comprender al capitán Hernandez de Córdoba que era peligroso alejarse mucho de la costa con la poca gente que

tenia, y continuó examinando los edificios que se levantaban cerca de la playa.

Viendo el cacique á los españoles permanecer en la costa sin señales de marchar á su pueblo, volvió á invitar, por señas, al jefe, para que le siguiese, pronunciando repetidas veces la palabra *con escotoch*, que quiere decir, «venid á nuestras casas» (1), y que los españoles, creyendo que era el nombre del sitio en que habian desembarcado, le llamaron *Cabo de Catoche*.

Hernandez de Córdoba, que habia llenado de obsequios al cacique, no dudó que su gratitud le obligaba á insistir en las súplicas que hacia para que se encaminasen á la poblacion, y se puso en camino hácia la ciudad, llevando, entre su gente, quince ballesteros y diez arcabuceros.

Accion con los indios. El cacique, acompañado de sus vasallos, marchaba de guia por un sendero poético y risueño, orillado de espesos bosques y de elevadas montañas. Los españoles admiraban el paisaje, pero sin entregarse por completo á la confianza de sus conductores. Despues de haber caminado largo rato por un país que ostentaba todas las bellezas de la naturaleza, se aproximaron á unos áridos montes breñosos y escarpados, de aspecto imponente y sério. El cacique, al llegar al pié de los ásperos cerros, levantó la voz, pronunciando fuertemente algunas palabras con que llamaba á los que debian encontrarse en aquellos sitios. Las voces se repitieron; y como si ellas fueran una señal convenida, salieron de entre las peñas, de entre los bosques y de entre los tortuosos senderos, mi-

(1) Bernal Diaz: *Historia de la conquista de Méjico*.

llares de indios guerreros que se lanzaron con imponente furia sobre los españoles, arrojando una lluvia de matadoras flechas. Cubria su cuerpo una coraza de algodón, y llevaban escudo para defenderse de los golpes de la espada. El diluvio de flechas arrojadas de repente á distancia de pocos pasos, hirió á quince soldados, antes de que hubiesen tenido tiempo para ponerse á la defensiva.

Se cogen
dos indios
prisioneros. Los españoles, aunque alarmados por la sorpresa, iban prevenidos, y recibieron con serenidad á sus contrarios, que se aproximaron con sus terribles macanas y lanzas, dando espantosos alaridos. Pero el furor de los asaltantes calmó pronto al sentir el filo cortante de las espadas toledanas y los estragos del arcabuz, y se pusieron en precipitada fuga, desapareciendo entre los bosques y las breñas, dejando quince muertos en el sitio de la acción. Terminada la escaramuza, en la cual los españoles hicieron prisioneros dos indios, á quienes más tarde se les instruyó y bautizó, llamándolos Julian y Melchor, se dirigieron á unos adoratorios de ídolos que se encontraban á pocos pasos. Las falsas divinidades eran de barro, de forma monstruosa, y algunas se hallaban adornadas con algunas piecitas de oro de baja ley y de muy poco valor.

Después de haber examinado la construcción de las casas y de los templos, volvió Hernandez de Córdoba á embarcarse con toda su gente, altamente satisfecho de haber hecho el descubrimiento de un país en que se veían las señales de una civilización naciente. Siguiendo la navegación por la costa, llegó la flotilla, á los quince días, á la vista de una población importante, que se levantaba junto á una ex-

tensa ensenada, llamada por los indios de aquel país, *Quimpech*, y por los españoles Campeche. Encontrándose la tripulación con escasez de agua, se dispusieron las lanchas y se dirigió la gente á tierra para llenar las pipas en un sitio donde bebían y llenaban sus vasijas los indios. Terminada la operación y dispuestos los marineros á volver á bordo con las pipas, vieron acercarse, con señales de paz y vestidos con finas mantas de algodón que denunciaban ser caciques los que las llevaban, á cosa de cincuenta indios que les invitaron, con manifestaciones de aprecio, á que pasasen á su pueblo.

Otra celada
de los indios
de Campeche. La prudencia dictaba recelar del convite y no aceptarlo, después de la celada en que cayeron en Catoche; pero el espíritu de aventura se sobrepone al temor á la muerte en aquellos hombres avezados al peligro, y aceptaron la invitación.

Pronto conocieron que algo terrible se preparaba contra ellos cuando entraron en la población. Las mujeres se sonreían y los hombres encendieron hogueras con cañas y madera seca, que era la señal dada á los guerreros para que se lanzasen sobre los españoles. Los alaridos de guerra y el ruido de las armas llegaron bien pronto á los oídos de los castellanos que, comprendiendo la imposibilidad de resistir á los numerosos escuadrones indios que se habían preparado para la lucha, se fueron retirando en buen orden y en forma de batalla hacia la mar, logrando embarcarse sin haber perdido un solo hombre. Continuando la navegación, por varios días, llegaron á un pueblo llamado Pontonchan, donde, precisados por la necesidad, saltaron á tomar agua. Los campos se veían cubiertos de elevados

maizales y de copudos árboles, por donde podían acercarse, sin ser vistos, numerosos escuadrones de indios guerreros.

El pensamiento de una sorpresa asaltó á los castellanos, y no bien habia cruzado por la mente, cuando vieron acercarse á ellos muchos indios guerreros, pero en actitud de paz, y convidándoles á que pasasen á su pueblo. Llevaban petos de algodón, arcos, flechas, lanzas, espadas, hondas, piedras y rodelas. Flotaban en sus cabezas vistosos penachos, y sus rostros se veían pintados de blanco, negro y almagre mezclados.

La invitacion, como era de esperarse, no fué admitida, pretextando, por señas, que se veían precisados á llevar las pipas de agua á los buques para partir inmediatamente.

Los indios se retiraron, y los españoles pasaron allí la noche, vigilando sin cesar y con las armas dispuestas para defenderse. Al amanecer del nuevo día, se presentaron numerosos batallones de indios, con sus banderas tendidas, luciendo sus penachos, y cercando por todas partes á los castellanos que se hallaban en tierra. La lucha fué terrible. Las flechas, las lanzas, las macanas y las piedras, iban sobre los acosados españoles, que se veían oprimidos por el excesivo número de sus contrarios. Cuarenta y siete castellanos se hallaban muertos sobre el campo de batalla; los demás estaban todos heridos, incluso el capitán Hernández de Córdoba, que combatió con notable esfuerzo y recibió doce flechazos: Bernal Díaz habia recibido un flechazo terrible en el costado izquierdo. Al fin fué preciso ceder á la multitud: Hernández de Córdoba, lo mismo que los demás heridos, resolvieron romper, para salvarse, por en medio

Descalabro
de Francisco
Hernández de
Córdoba.

Los indios se retiraron, y los españoles pasaron allí la noche, vigilando sin cesar y con las armas dispuestas para defenderse. Al amanecer del nuevo día, se presentaron numerosos batallones de indios, con sus banderas tendidas, luciendo sus penachos, y cercando por todas partes á los castellanos que se hallaban en tierra. La lucha fué terrible. Las flechas, las lanzas, las macanas y las piedras, iban sobre los acosados españoles, que se veían oprimidos por el excesivo número de sus contrarios. Cuarenta y siete castellanos se hallaban muertos sobre el campo de batalla; los demás estaban todos heridos, incluso el capitán Hernández de Córdoba, que combatió con notable esfuerzo y recibió doce flechazos: Bernal Díaz habia recibido un flechazo terrible en el costado izquierdo. Al fin fué preciso ceder á la multitud: Hernández de Córdoba, lo mismo que los demás heridos, resolvieron romper, para salvarse, por en medio

de los escuadrones, y acometiendo con desesperacion, se abrieron paso, llegando, con mucho trabajo y perseguidos de cerca por los indios, á embarcarse en sus botes dejando abandonados los muertos y las pipas de agua.

Heridos, sin agua, escasos de alimentos, sin mas pan que el de cazabe, hecho de la raíz de yuca, y sufriendo grandes tempestades, se dirigió aquel puñado de hombres, de musculatura de hierro, á la Florida, donde aun tuvieron que sostener, á pesar de sus heridas, otro combate por la necesidad de tomar agua, de que absolutamente carecían.

Calmada la sed y provistos los barcos del precioso líquido, llegó la flotilla á la Habana, con parte de aquellos hombres que habian salido llenos de risueñas ilusiones, y que volvían cubiertos de miseria y de heridas, aunque con la gloria de haber descubierto la parte mas importante y bella del Nuevo Mundo.

El valiente capitán D. Francisco Hernández de Córdoba, que se habia conducido en aquella expedicion con el valor y desprendimiento de un noble caballero, avisó al gobernador Velazquez de su llegada, dándole noticia circunstanciada del estado de cultura del país descubierto y del carácter y valentía de sus hijos.

Cumplido con el sagrado deber del buen patricio, Hernández se dirigió á sus propiedades de campo que tenia en la Habana, y en ellas murió, de resultas de sus heridas, á los diez días de su llegada (1).

(1) Sufre una equivocacion el historiador D. Antonio Solís al decir en el capítulo V de la *Historia de la conquista de Méjico*, que murieron en la bata-

Casi todos los que llegaron con él sucumbieron también muy en breve, y solo sanaron de sus muchas y graves heridas un corto número de soldados, entre los cuales se contaba Bernal Diaz del Castillo.

lla, «el capitán y la mayor parte de su gente». El capitán Hernandez de Córdoba murió en la isla de Cuba, en la villa de Sancti-Espiritus, donde tenía encomienda de indios.

CAPÍTULO XII

Entusiasmo que despierta en la isla de Cuba el descubrimiento de Yucatan.— Se instruye á los dos indios hechos prisioneros, en el castellano y en la religion, para que sirvan de intérpretes.— Nueva expedición á Yucatan.— Sale mandando la expedición D. Juan de Grijalva.— Desembarco en la isla de Cozumel.— Encuentran varias cruces.— Origen de ellas.— Grijalva encuentra la misma hostilidad que Córdoba.— Origen del nombre de Nueva España con que fué designado despues Méjico.— Rio de Grijalva.— Los españoles desembarcan en Tabasco.— Buena armonía entre sus habitantes y los españoles.— Rio de Banderas: excelente recepcion hecha á los españoles.— Grijalva llega á la isla de Sacrificios.— Origen de este nombre.— San Juan de Ulua: origen de su nombre.— Son bien recibidos los españoles por los mejicanos.— Dan noticias éstos al emperador Moctezuma de la llegada de los castellanos.— Presénte que envía Moctezuma á Grijalva.— Abandona éste las playas mejicanas antes de que tuviese noticia de ellos.— Lleva Pedro de Alvarado noticias á Velazquez de los nuevos descubrimientos.— Accion de Grijalva en el *Rio de las Canoas*.— Grijalva fué el primero que descubrió las playas mejicanas.— Buenas cualidades de él.— Velazquez dispone otra expedición para Yucatan y Ulua.— Elige á Hernan Cortés por general de la expedición.

El descubrimiento de Yucatan fué un acontecimiento importante. Las noticias referentes á la solidez de sus edificios, al traje de sus habitantes, al cultivo de sus campos y al oro, aunque poco y de corta ley, encontrado en los